EL MAESTRO DEL RETABLO DE LA IGLESIA DE LOS ARIDOS

POR

MANUEL DE LA ESCALERA

Dame el verso de cada día.
JOSÉ LUIS GALLEGO.

Al final del siglo XII vivía en una hermosa ciudad de Alemania un joven artífice llamado Peter Werghaare. Lo de Peter o Petrus le cuadraba muy bien, pues era escultor, pero aún mejor lo de Werghaare, que en lengua tudesca significa «cabellos de estopa», ya que los suyos eran desvaídamente rubios y muy lacios. Pero tenía entre sus convecinos fama de haragán, porque solía vagar por los campos, no sólo los domingos, sino también algunos días de labor, y le veían con frecuencia tumbado en la yerba viendo pasar las nubes.

Pero si alguien le afeaba esta conducta, él se disculpaba diciendo que en esas masas que volaban por los aires era donde un escultor podía hallar las formas más apropiadas para hacer imágenes divinas.

Era discípulo de un famoso constructor de templos, arquitecto y escultor al mismo tiempo, el cual un día le habló así:

—Te he enseñado ya cuanto sé, hijo mío. Tu aprendizaje a mi lado, por lo tanto, ha terminado, y ahora, siguiendo las tradiciones de nuestro gremio, debes viajar. Toma el camino que te plazca. Pero yo te aconsejaría que fueras hacia el Sur. A todos los septentrionales nos conviene visitar aquellas tierras de cielos despejados donde habitan gentes morenas y vivaces. Y tú, más que ningún otro, lo necesitas. Las imágenes que labras son muy bellas, pero salen de tus manos vagorosas y nubladas. Se diría que un velo de piedra las envuelve todavía. Si logras desceñirlas este último cendal creo que parecerían criaturas verdaderas. Los soles del Sur podrían obrar ese milagro en ti. Además—y aquí el maestro amortiguó su voz—se dice mucho que un artífice de esos países ha encontrado el secreto de hacer sonreír a las vírgenes, a los ángeles y a los niños.

Peter quería a su maestro y se hallaba allí, a su lado, muy a gusto, bajo el ceniciento cielo teutón. Pero era obediente y se puso en camino sin otro equipaje que el hatillo de su ropa y la arqueta tallada donde guardaba los hierros de esculpir.

Anduvo anda que te anda, siempre rumbo al Sur, y así llegó

a cierto monasterio de Borgoña, donde, a cambio de la hospitalidad que los monjes le brindaron hizo algún trabajo de su oficio.

Cuando éste quedó terminado, el abad le preguntó:

—¿Hacia dónde peregrinas, hijo?

—Hacia el Sur. Tengo el propósito de perfeccionar mi oficio y aprender allí el secreto de hacer sonreír a las vírgenes y de tornar vivas las piedras.

—¿Y a qué parte del Sur te encaminas?

—Quisiera ver Florencia, Nápoles y Roma.

Con gran sorpresa de Peter, el monje frunció el ceño.

—No te lo aconsejo—dijo—. En esas tierras está el centro de la cristiandad, pero también el del averno. Según mis noticias hanse abierto allí boquetes del infierno, que arroja por ellos con violencia piedras ardientes y azufres inflamados. Los demonios andan sueltos y la peste asola el país. Pero aún hay otros peligros más terribles para ti. Pues esas tierras también arrojan mármoles paganos. A cada paso los arados tropiezan con estatuas hermosísimas, pero que hay que destruir por estar totalmente desnudas. Aprenderías mucho contemplando aquellas obras, mas tu alma se perdería para siempre.

—¿Sonríen esas estatuas? —preguntó Peter pensativo.

—No, están desnudas simplemente.

Al decir esto el monje acariciaba con la palma las páginas miniadas y amarillas de un códigoabierto en un atril. Tras de un largo silencio miró largamente al artífice y añadió:

—En nuestros días sólo se abren dos caminos para el cristiano que peregrina: el que lleva a Tierra Santa y el que va a Santiago. Yo te aconsejo este último, pues es allí donde podrás descubrir el secreto de trocar la piedra en sonrisa.

El libro del atril era el tomo quinto del códice Calixto y en él se señalaba al viandante la ruta que había de seguir para llegar a Compostela, siempre orientado por la polvareda estelar que en la noche le guiaría. Decía también qué aguas y frutos se había de gustar de paso y cuáles no se debía beber ni comer; si las reliquias que en los monasterios del camino se guardaban eran auténticas y dignas de veneración, el vado de los ríos y los parajes donde abundaban los salteadores.

También recomendó mucho el monje a Peter que evitara el contacto con ciertas mujeres que a lo largo de la vía solían ofrecer sus cuerpos al devoto peregrino, pero que a cambio de un momento de placer transmitían bíblicas enfermedades. Y que no comiera de ciertos barbos que cabrilleaban en las aguas de ciertos ríos, pues su carne, como las de las hembras errabundas, acarreaban incurables males.

Dejando el monasterio, el artífice siguio su camino a pie, y también al pie de la letra los consejos del abad y las instrucciones del códice.

Por el paso señalado en el libro cruzó una barrera de montañas encrespadas y llegó a un país enclavado en una alta planicie. Abajo, todo era surcos infinitos y paralelos; arriba, cielo terso, limpio de todo celaje. Y el sol caía a plomo sobre el surco y quienes lo labraban, quemando a unos y a otros por igual, fundiéndolos de tal modo que sólo la movilidad diferenciaba al siervo de aquella gleba sobre la cual se afanaba.

En uno de los raros pueblos de esa árida llanura se estaba alzando una iglesia, y sus moradores pidieron al artífice viajero que se quedara para esculpir la piedra. Peter había rechazado de camino varias ofertas y esta vez tampoco aceptó. Pero no pudo resistir la tentación de echar un vistazo a los trabajos.

La nueva iglesia se levantaba en el mismo emplazamiento de la antigua, más pequeña y ya en ruinas, a la cual iba a reemplazar, abarcándole dentro de sus muros de manera que el culto proseguía en el viejo templo, mientras en torno repicaban los martillos y gemían los cabríos, mezclándose así a través de los viejos muros agrietados el rumor del trabajo con el del rezo. Sólo cuando la fábrica exterior estuvo muy adelantada se demolió la antigua, con lo que, acto seguido, el culto pudo reanudarse en las mismas aras, pero al amparo de muros más recientes.

Cuando Peter visitó las obras ya se alzaba en el altar del ábside un gran retablo de piedra a medio labrar. En él había trabajado un artista de Flandes, a quien la muerte sorprendió en plena tarea.

—Tú eres también del Norte—le dijo el maestro Lucas, arquitecto de la obra— y podrías continuar la labra como el otro la empezó. Serías pagado con buenas fanegas de cereales, contraerías méritos para el cielo y, si murieras aquí, tendrías el privilegio de ser enterrado en esa nave lateral, no muy lejos de tu obra, tal y como voy a ser enterrado yo.

Y el maestro señaló un sepulcro abierto que parecía estar esperándole.

Hablaban bajo la cúpula del cimborrio del crucero, a punto de cerrarse ya, por cuya dentada abertura asomaba aún el geométrico tachón de un cielo azulísimo. El sol, entrando por él, daba al arquitecto en rostro pleno, y sus facciones duras y curtidas expresaban una gran serenidad.

—No me aguardará mucho tiempo—prosiguió el constructor, refiriéndose a la tumba—, y si tú aceptaras al fallecer, tendría el consuelo de irme, sabiendo que todo se haría de acuerdo con mis planos.

Peter comprendió que la única ilusión terrenal que al viejo le quedaba era la de imaginarse en aquel sepulcro, bajo las altas piedras suspendidas en los aires por su arte; bajo las altas bóvedas resonantes

con las preces y las toses; bajo los pies llagados de los peregrinos que allí se arrodillasen a orar, y que en su losa leerían: «Maestro Lucas, fecit.» Si él aceptaba, el viejo ya no temería a la muerte, pues podría descansar en el seno de su obra terminada con la tranquilidad de quien ha cumplido su misión. Y Peter no se negó.

Por obra y gracia de su cincel, las formas vagorosas de las nubes de Alemania se fueron condensando en las figuras celestes y humanas del retablo. Algo borrosas y hieráticas acaso, como lo eran hasta entonces todas las estatuas del artífice, pero armonizando muy bien con la labra de su antecesor. Mas al correr de los días la inspiración le fué faltando, y según su costumbre dióse a vagar por los campos y a tenderse en el suelo con las manos en la nuca para mirar las nubes. Pero el cielo de aquel país era tan rudo que sólo podía contemplarse cara a cara en los crepúsculos y ni entonces vagaba por el azul la menor nubecilla.

«Mañana las habrá», se decía diariamente. Pero al día siguiente el cielo seguía igual, imperturbable, uniforme, vacío. Dios contemplaba aquella tierra a rostro enjuto, y su semblante inmenso era sin accidente alguno; un mar sin vela ni espuma. Y bajo su ardiente mirada los hombres y las tierras se recocían.

—¿No hay nunca nubes en este país? —preguntó alarmado.

—No, durante esta estación —le respondieron—. Y como era un labriego quien hablaba —añadió—, para desgracia nuestra.

Peter hubo de interrumpir su labor, y cada vez más intranquilo siguió vagando bajo el cielo sin nubes, bajo el sol de justicia, pese a las miradas severas del maestro constructor, que no podía comprender tanta holganza.

—¿Por qué no trabajas, Pedro Bejarés? —le preguntó al fin—. ¿La piedra de nuestro suelo no te agrada? ¿Tus herramientas no fueron templadas satisfactoriamente?

—Todo está bien —replicó Peter, y no dijo más.

El maestro, que no conocía otro cielo que el de su patria, no podía comprender sus añoranzas. Y Peter, no pudiendo resistir más el mudo reproche que en los ojos del anciano a todas horas se leía, decidió abandonar el país, para continuar su peregrinación a Compostela, cuyo cielo sabía era tan nuboso como el germano.

Así una mañana partió en secreto llevando consigo el hatillo de su ropa y la arqueta de los hierros. Mas el recuerdo del maestro Lucas le perseguía.

—Si amaneciera nublado me quedaría —dijo para sí.

Y con este pensamiento se sentó al pie de un árbol, a la vera del camino, para ver venir el día.

El sol salió y el ramaje del árbol requemado estiró su sombra por el suelo como una cornamenta retorcida.

En el silencio del amanecer, Peter contempló las áridas llanuras; sus surcos, como los de un mar, llegaban hasta los mismos muros de la iglesia nueva, cuyas torres blanquecían a lo lejos con la nitidez de la piedra recién cortada.

Dominado por la majestad de aquel momento, el artífice alzó los ojos hacia el cielo árido e imploró:

«Manda, Señor, por tu inmenso azul alguna nubecilla, aun cuando sea tan pequeña como un niño entre pañales.»

Apenas hubo pronunciado esta oración, oyó a lo lejos un cántico pianísimo, y vió venir hacia él, desde el horizonte de surcos, una larga comitiva, que alzaba a su paso del suelo nubecillas —¡ay!— de polvo.

Delante iba un clérigo en dalmática llevando bajo palio una reliquia venerada. Los oros de sus ornamentos destacaban rutilantes, entre las ropas miserables de la parda multitud que le seguía, el pie desnudo y el semblante adusto.

Cuando la procesión cruzó a su lado, Peter preguntó:

—¿A dónde vais?

—A la nueva iglesia —respondió una mujer que llevaba un niño en brazos—. Recorremos estas tierras secas pidiendo a Dios la lluvia.

Peter se dijo: «Piden nubes también.» Y se unió a la rogativa.

—El pan nuestro de cada día, dánosle hoy —rezaba la terrosa multitud.

—Dame la inspiración de cada día —contestaba el artífice.

Y así comprendió que aquellas nubes, inspiración y ensueño para él, era pan para los otros.

El Creador gusta de la paradoja. Y ante aquel rezo en plural, tan acorde y contradictorio, sonrió. Y su sonrisa cuajó en una nubecilla que, como vela lejana, asomó por el horizonte y vino navegando entre el mar del cielo y el oleaje de los surcos, mientras una racha de viento agitaba las barbas del sacerdote y obligaba a la mujer con el niño en brazos a sujetarse la falda que se le envolaba.

A Peter el viento le arremolinó los cabellos en el rostro, formando ante sus ojos una telaraña dorada que le impedía contemplar la nube.

Manoteó para deshacer aquella red de estopa, y su ademán atolondrado e ineficaz tuvo la virtud de hacer sonreír, primero al niño adusto; después, a la mujer que lo llevaba. El rió también, viéndoles reír, y aquellas risas quedaron para siempre grabadas en su alma.

Cuando la procesión llegaba al pórtico del templo, la nubecilla había crecido, y dividiéndose y multiplicándose, formaba volantes escuadrones que azotaban los surcos requemados.

Ante el anhelado espectáculo del agua de los cielos, el rostro

atezado de los campesinos se desarrugó, y, apenas cesado el aguacero, corrieron a los surcos.

También corrió el artífice a los suyos y labró, labró, hasta arrancar de la piedra una sonrisa.

El retablo del Altar Mayor de la Iglesia de los Aridos, que admira hoy tanto turista, es una de las más famosas obras del románico español. Representa la Natividad, y sus figuras borrosas y hieráticas en los laterales parecen animarse y moverse a medida que se aproximan al centro. De modo que la mirada de quien lo contempla va a descansar irremisiblemente en los semblantes de la virgen y del niño, que como un rayo de sol entre nubes, sonríen de manera humana y celestial.

Mucho se ha discutido sobre el nombre del escultor que lo esculpió. De los manuscritos de ese tiempo se deduce que vivió muchos años en aquel país, donde dejó buena obra de su mano. Que se casó en él y que yace sepultado en una nave lateral del templo, no muy lejos de su obra. Mas la inscripción de la losa está borrada casi por completo y de ella poco se puede deducir.

Hasta ahora se había creído al artífice español, porque en los citados manuscritos se le denomina Pedro Bejarés. Mas hoy se desecha este criterio, y, fundándose en el nórdico estilo de la labra, se ve en ese nombre hispano la corrupción de otro extranjero. Algún arqueólogo creyó leer en la losa Peter Bildhauer —Pedro, escultor—. Otro Peter Wolckaarre —cabellos de nube—, y ambas hipótesis hubieran sido aceptables a no ser por el trazo horizontal y claro de una E que los cerraba el paso. Hoy en día los investigadores más prudentes, cuando se refieren a Peter Werghaare, le denominan simplemente «el maestro del retablo de la Iglesia de los Aridos».

Manuel de la Escalera
Cea Bermúdez, 38, 6.º B
MADRID